





EL PENSIL DEL BELLO SEXO,

Periódico semanal de literatura, ciencias, educación,
artes y modas, dedicado exclusivamente a las damas.

Para las condiciones de suscripción, véase la última página.

LAS VESTALES.

(Conclusion.)



El origen de las Vestales en Roma debe de ser mas antiguo que la misma ciudad, puesto que, si la historia no miente, era Vestal la bella que dió el ser á Rómulo y Remo. Mas adelante, cuando Numa Pompilio edificó un templo á Vesta, estableció cuatro sacerdotisas para su culto, pudiendo por consiguiente considerarse este rey como autor de la primera organizacion que las Vestales tuvieron en Roma. Tarquino el antiguo añadió dos sacerdotisas mas, quedando desde entonces el número de estas fijado exclusivamente en seis.

Una de las cosas mas bellas en las religiones paganas, era hacer intervenir á las

mujeres en el sacerdocio, porque ¿quién mas á propósito que vosotras, bondadosas y bellas como sois, para servir de medianeras entre la divinidad y los hombres? Entre los galos, los druidas estaban encargados de encender el fuego en el altar de Júpiter Tarannis, manteniendo su llama ardiendo siempre, siendo en otras partes el culto, no á Júpiter, sino á la luna. En la bella y melancólica ópera que con el título de *Norma* hace mas popular cada vez el nombre inmortal de Bellini, no habreis olvidado, lectoras, que una Vestal, una sacerdotisa, Norma, en fin, es la gafa del culto que los druidas tributan á la *Casta Diva*, y que la gran cuestion de paz ó guerra con los romanos depende entre los gaulas de los lábios de esa infortunada mujer.

El cristianismo, que á ninguna otra religion cede en filosofía y belleza, no podía olvidar á la mujer ni aun bajo el punto de vista que dice relacion á este punto, y menos en un culto que reconociendo en *Maria* la madre del Crucificado, ha dado á nuestro sexo una importancia que no tiene ni puede tener en las demás religiones. Nuestras monjas, Vestales del Señor, no son

sacerdotisas en verdad, en el sentido estricto de esta voz; pero su institucion es mas bella, mas ideal, mas consoladora que la de las Vestales antiguas. Medianeras entre Dios y los hombres, nuestras virgenes desde el fondo de sus cláustros elevan sus plegarias al cielo para procurarnos el bien, al modo que las tórtolas del bosque su arrullo gemidor á los astros, testigos de su llanto y de su pena. La revolucion que todo lo invade ha invadido tambien la morada de las virgenes del Señor, y si esto es un bien bajo el punto de vista de evitar que una reclusion voluntaria se convierta en encierro forzoso, seria un grave mal abolir en las pobres mujeres la libre facultad de elegir una morada lejos del mundo y de la corrupcion, si en hacerlo así son felices, como lo pueden ser sin duda alguna. Pero volvamos á las Vestales romanas.

Entre estas y las vestales griegas habia una diferencia notable, puesto que las últimas eras viudas y las romanas debian ser virgenes. En esto quiso Roma ser fiel á lo que se decia de Vesta, á quien habiendo Júpiter ofrecido otorgarle la gracia que pidiere, demandó ella la de permanecer perpétuamente virgen. La razon era bella, lectoras. Las Vestales de Roma eran elegidas desde la edad de seis años á la de diez, debiendo constar su inocencia de un modo indudable, y no admitiéndose doncella ninguna que tuviese defectos corporales, lo cual era oportuno tambien, y así no podia decirse que el cielo se llevaba lo peor, como mas de una vez ha sucedido. Obligadas á permanecer virgenes por espacio de treinta años, podian despues de ese plazo elegir esposo; pero entonces dejaban de pertenecer al servicio de la diosa. Su cargo era, además del mantenimiento perpétuo de la luz, guardar el paladion en que consistia, segun tradiciones, la existencia de Roma, elevar sus plegarias al cielo y hacer sacrificios por la prosperidad y salud del Estado. Todo esto era bello tambien. Sus prerrogativas y honores eran grandes. Los primeros magistrados, incluso los cónsules, les cedian la acera al encontrarlas, y habian ante ellas sus fascas. Cuando las sacerdotisas marchaban, precedianlas dos lictores para abrirles paso, habiendo habido tiempo en que no se mostró ninguna al público sino acompañada de numeroso séquito de esclavos. Cuando asistian á los

espectáculos, tenian en ellos reservado un asiento preferente. El que insultaba á una Vestal, era castigado con la última pena. El testimonio de aquellas virgenes era válido en juicio, y cuando ocurría alguna desavenencia entre personas de distincion, eran llamadas ellas para reconciliarlas. Los testamentos se depositaban en su poder como en un asilo inviolable y sagrado. Sosteníanse á espensas del erario público, y entre otros derechos que la ley les concedia, era uno salvar la vida á los reos que hallaban al paso, y otro ser sepultadas en la ciudad, honor que rara vez se concedia ni aun á los que se habian distinguido por sus grandes servicios al Estado. Su vestido consistia en la *pretexta*, manto blanco bordado de púrpura como el de los magistrados, túnica de lino, cintillas en el tocado y un velo.

Tanta consideracion dispensada á las sacerdotisas en cuestion, era natural que tuviese la contra en otras disposiciones afflictivas para las que faltasen á los deberes que las imponia su cargo. La legislacion romana era bárbara relativamente á este punto. Las que por negligencia ó por otro motivo dejaban apagar el fuego sagrado, eran condenadas al suplicio del azote por el soberano pontífice, único que podia juzgarlas en union con los demás individuos del colegio pontifical. Pero lo mas atroz era el castigo decretado contra las Vestales convictas de haber faltado al voto de virginidad. Libres como eran para salir á la calle, aunque acompañadas como se ha dicho, y pudiendo ir á comer con sus parientes y amigos, no menos que recibir las visitas de los hombres durante el día, la legislacion romana no habia evitado con la clausura, como entre nuestras monjas se hace. Los motivos de seduccion que ofrece el mundo; y era horrible por tanto castigar el fasciamento amoroso en los términos que Roma lo hacia. La Vestal convencida de ello, era puesta en una camilla; y enterrándola en una hoya, poníase á su lado una lamparilla encendida, un poco de pan, de agua y de aceite, cerrando despues la entrada con la losa. Su cómplice tenia tambien pena de muerte, la cual consistia en ser azotado hasta que espirase. El día en que se verificaba una ejecucion de esta especie, creíase el estado amenazado de alguna calamidad; los mercaderes cerraban sus tiendas, el silencio reinaba en todas partes, y las gentes se vestian de luto, experimentando en su

corazon una pesadumbre espantosa, pesadumbre y dolor de que vosotras habreis ya participado algun tanto en aquel terrible final que tanto hace estremecer en la ópera arriba referida.

Apartemos empero los ojos de escenas que desgarran el corazon, y dando fin á este artículo convengamos otra vez en lo bello, en lo consolador y filosófico de dar á la mujer algun papel en la obra de rogar por los mortales. ¿Quién osará negaros las prendas que tanto influyen en que sea oído el que pide merced por los demas? Ann sin ser palomas del templo ejercéis respecto á nosotros el sacerdocio de la naturaleza. Nosotros confiamos vuestras querellas á vuestro compasivo corazon, y de él esperamos el bálsamo que amortigüe algun tanto nuestras penas, porque desde que no bajan á la tierra los ángeles, ¿en quién, dice Dumas con razon, depositaremos los hombres vuestras pesadumbres y entitas sino en el corazon de la mujer?

MIGUEL AGUSTIN PRINCEPE.



POESÍA.

La que insertamos á continuacion revela una poetisa, y esto basta para que la demos á luz en las columnas de nuestro periódico, aun cuando la composicion por su indole no pertenezca enteramente á él. La época presente en España es fecunda en mujeres de talento, y la benemérita autora de la poesia que sigue lo tiene, y muy feliz, sin duda alguna. Sus versos son robustos y vigorosos, y notables tambien por su armonía. ¿Nos permitirá, sin embargo, la inspirada Doña ÁNGELA GRASSI observar que usa á veces diptongos que nos parecen duros algun tanto? Esta humilde indicacion debe de ser muy pobre siendo nuestra: la señorita Grassi le dará el valor que merezca en justicia. Nosotros entre tanto felicitamos á la linda escritora por sus sentimientos magnánimos, prenda la primera entre todas en quien temple la lira en los términos que nuestra poetisa lo hace.

A LA ITALIA.

Despierta ¡oh Italia! del horrible sueño
En que hace siglos mil estás sumida,
Y sacudiendo tu letal beleño,
Vuelve á la libertad, vuelve á la vida.

Despierta ¡oh Italia! al fin: llegó la hora
De romper, pobre esclava, tu cadena,
Y aclamarte otra vez reina y señora
De ese mundo que á olvido te condena.

Despierta, sí: ya el ángel de victoria
Sobre tu sien agita tu oriflama,
Y la página abriendo de tu historia
A un porvenir mejor, dulce te llama.

¡Mas ay! ¿qué veo? inanimada, yerta,
Su voz no escuchas, la palabra santa
De gloria y libertad no te despierta
Y del tirano vil besas la planta!

¿Qué es eso? ¡oh Dios! tu pecho mancillado
En oprobio fatal envilecido,
Ya no abriga ni un átomo sagrado
De esa virtud que el mundo ha esclarecido!

Ya para ti no hay patria, fama, gloria,
Ya para ti no hay nada, vil esclava,
Y descansas feliz entre la escoria
Que con desprecio tu baldon agrava.

Olvídate aquel tiempo venturoso
Que ceñida de lanzas y broqueles,
Al volver de un combate victorioso
A la sombra dormías de tus laureles.

Entonces mil esclavos te aclamaban
Señora de los mares y la tierra,
Sus bélicos cantares te arrullaban
Y el noble estruendo de gloriosa guerra.

Entonces de ambicion henchido el pecho
Al universo entero dando leyes,
Mil cetros, te prestaban áureo lecho,
Doveles los pendones de mil reyes.

Y ahora dormitando entre las flores
Coronada de pámpanos y yedra,
Solo te arrullan báquicos amores
Y el bético clarín tu pecho arredra.

¿Dónde está, vil esclava, tu corona?
¿Qué hiciste de tu cetro soberano?
¡Tú la perdiste, impúdica matrona,
Y ciñes ya la sien de tu tirano!

¿Qué dirás al Eterno cuando un día
Te llame á juicio ante tu excelso trono?

¿Qué le dirás, responde, reina impia,
Que sea de tal baldon en justo abono!

¿Crees que te dió ese cielo refrigente,
Crees que te dió ese sol esplendoroso,
Para que alumbre tu abatida frente,
Para que vea tu oprobio ignominioso?

¿Crees que ha dado á tus hijos por ventura
Un noble cotazon lleno de fuego,
Para que arrastren una vida oscura
Y besen sus cadenas con sosiego?

¡Oh no, nunca, jamás, del Dios del cielo
Los decretos pudieron ser tan bravos,
Que hubiese dado tan hermoso sueño
A torpe grey de tímidos esclavos!

¡Alegarás tal vez que mil guerreros
A una seña tan solo del tirano,
Sobre ti suspendiendo sus aceros
Sabrían domar ese tu orgullo insano!

¿Lo alegarás tal vez? torpe mentira!
¿No sabes que tan solo el dulce nombre
De gloria y libertad valor inspira,
Y en un Dios inmortal convierte al hombre?

¿Qué son esos autómatas sin alma,
Ante un pueblo valiente y decidido,
Que de gloria inmortal busca la palma,
De ardor y de entusiasmo el pecho henchido?

¡Nada son para él! fiero gigante,
Al ver á su enemigo, el pie levanta,
Con el desdén pintada en el semblante,
Y aplasta mil pigmeos bajo su planta.

¿Qué temes, pues? despiértate, señora
Antes que el sumo Dios selle tu frente,
Con la marca de infamia que desdora
Y lumba á libertad, grita ferviente.

Mira á tus hijos, su clamor escucha
Que ya abrasados en ardiente llama,
Desean volar á la sangrienta lucha
Agitando de union el oriflama.

Síguelos tú también, noble matrona;
Desprecia del tirano los joyeles,
Y vuela á conquistar nueva corona
Cubriendo tu baldon con mil laureles.

Despiértate por fin: vuela al combate;
Union y libertad, tu grito sea,
Y de tu bullado honor busca el rescate
Entre el estruendo de marcial peler.

Que si sucumbes en la lucha fiera,
Tendrás al menos, al morir con gloria,
Por hermoso sudario tu bandera,
Y por premio una página en la historia.

ANGELA GRASSI.



LA CASA DE PERO-HERNANDEZ.

LEYENDA ESPAÑOLA (1).

I.

Dice la crónica que en cierta población de España (cuyo nombre no pude leer, por estar borrada la parte del manuscrito que lo contenía) existía un vasto y antiguo edificio, con mas honores de palacio que de casa particular, el que no obstante eso, y á pesar de sus gigantescas proporciones se llamaba simplemente la casa de *Pero-Hernandez*, nombre espantoso y de mal agüero á los oídos de los vecinos los cuales le designaban tambien con los títulos de *alcázar terrible*, *casa de maldición*, *morada de espectros* y *recinto del demonio*. Magnífico asunto para una composición poética por el gusto del siglo, y para hacer lucir á los bardos que no perdonan ocasión de dedicar sus cuerdas al diablo, á las calaveras y á los vestiglos, maldiciendo tres ó cuatro veces en cada estancia y buscando una compensación á la falta de genio en contrastes los mas caprichosos y pinceladas de brocha gorda. Yo que soy tan aficio-

(1) Esta leyenda comenzó á insertarse el año 1840 en una publicación periodística que cesó al poco tiempo, dejando colgada la lectura de tan maravillosa historia cuando mas sabrosa se hacia. Un periódico de provincia que, á imitación de otros, copiaba la tal leyenda en sus columnas, se vió en la imposibilidad de pasar adelante en su inserción por la razón referida. Pidióse me entonces que la concluyese, pero mis ocupaciones no me permitieron hacerlo así. Dos señoritas que ahora son suscriptoras al *PENSIL* y que entonces leían mi novela con la boca abierta, acaban de reclamar el cumplimiento de la palabra que otro tiempo les di de concluir. ¿Cómo negarme á una exigencia tan justa? Lo malo es que interrumpido el hilo de mis ideas por espacio de cinco años, ni sé cómo lo volveré á coger, ni me acuerdo del plan que tenía adoptado; pero salga lo que salga... allá vá. Lo mandan las bellas, y es preciso obedecer.

M. A. P.

nado á este género, como saben muy bien mis amigos, he determinado aprovechar la oportunidad que ese asunto me ofrece para invadir el terreno de la poesía prosaica, escribiendo una *leyenda* que no haya mas que pedir. Yo á la verdad ignoro como voy á salir de mi empresa; pero adelante, y pecho al agua, pues como dice el adagio español, *el que no se arriesga no pesca*.

Digo, pues, que la casa de *Pero-Hernandez* era un edificio vastísimo y de sombría catadura, en el cual aparecian confundidas las arquitecturas de todos los tiempos, aunque la crónica no dice cual de ellas preponderaba. Situado á un extremo del pueblo, no habia un alma que se atreviese á acercarse á él: sus paredes estaban cubiertas de musgo y de maleza, y la planta cercada de escombros y ruinas. La golondrina no hizo nunca mansion debajo de sus aleros, ni se vió que les confiase su nido: solo las aves nocturnas como el murciélago, la lechuza y el buho, gozaban el privilegio de no caer muertas cuando se aproximaban á aquella terrible mansion. Deshabitada desde tiempo inmemorial; ni tenia dueño entre los particulares, ni el fisco se habia atrevido á reclamarla como suya. Las noticias que de ella habia eran muchas, pero contradictorias, siendo lo único que se sabia con seguridad que en tiempos de remota fecha la habia poseido un hombre de infausta memoria, llamado *Pero-Hernandez*, el cual mandó en su testamento que nadie penetrase en aquel sombrío recinto, so pena de quedarse dentro por toda la eternidad el que osase faltar á la prohibicion. Algunos hombres de corazon á prueba de bomba, aunque no habia bombas en aquel tiempo, fueron tan necios que despreciaron el aviso, y entraron y no salieron.

El último de los atrevidos que penetraron en la casa, apareció la mañana siguiente asomado á una de las ventanas por donde entraban y salian las lechuzas, los murciélagos y los buhos. El pueblo observó desde lejos á aquel hombre, y le vió inmóvil, destigurado, espantoso, fijos los ojos en los que con angustiosa curiosidad le miraban, privado todo él de movimiento y sin dar el mas leve indicio de que el asomado estuviese vivo. Llena la gente de terror, conjuróle en nombre de Dios y de los santos, pero sin acercarse, dijese lo que habia visto y qué era lo que hacia allí, con todo lo demás que le ocurriera; pero el asomado no contestó una palabra, ni dió otra respuesta que hacer la señal de la cruz, retirándose á continuacion como arrastrado por una fuerza invisible. El vecindario

no se atrevió á preguntar mas, ni á dirigir la vista á aquella espantosa ventana. Cuando vino la noche, no hubo un solo morador en el pueblo que pudiese cerrar los ojos. En todas las casas se oyeron ruidos parecidos á cosa del otro mundo, y solo cesaron cuando la gente que los oia estaba cansada de rezar.

A la mañana siguiente volvió á aparecer el asomado á la misma hora y en el mismo sitio, inmóvil, destigurado, espantoso, y con la vista fija en el pueblo en los mismos términos que el dia anterior, repitiéndose la escena de interrogarle y conjurarle la angustiada gente, y la de santiguarse él y retirarse como la otra vez. El mismo espanto en los vecinos del pueblo: los mismos ruidos por la noche en todas las casas: la misma necesidad de recurrir á la oracion para hacerlos cesar.

Salió el sol al dia siguiente, y volvió á salir á la ventana aquel hombre siniestro. El horror y el espanto acabaron de apoderarse de la poblacion. ¿Porqué habrá entrado ese hombre en esa casa maldecida? ¿qué nos quiere decir con su espantosa mirada? ¿Qué significa asomarse todos los dias á la misma hora? ¿Si se habrá convertido en centinela del otro mundo para espiar la poblacion hasta que llegue su fin? Por última vez te conjuramos en nombre de Dios que nos digas qué es lo que haces ahí, qué es lo que quieres. ¿qué significa tu aparicion.

Así decia la gente. El asomado continuó inmóvil por espacio de tres minutos, y luego se santiguó tres veces corridas, y despues alzó los ojos al cielo, y habiendo permanecido en esta actitud por espacio de otros tres minutos, vióse aparecer sobre su cabeza la cabeza de otro hombre mas destigurado y espantoso que él, y luego la cabeza de otro hombre todavia mas espantoso, y últimamente la calavera de un horrible esqueleto que hizo helar la sangre en las venas á cuantos le miraban, obligándoles á cerrar los ojos: tan espantosa fué la aparicion.

Cuando la gente volvió á mirar, habian desaparecido de la ventana el esqueleto y los hombres, sin que despues de este dia volvieran á presentarse. Los ruidos, sin embargo, continuaron de noche por espacio de mucho tiempo, y solo á fuerza de oraciones y de plegarias, consiguieron los vecinos, segun costumbre, hacerlos cesar. No sucedió lo mismo en la de *Pero-Hernandez*, todas las noches se oia en ella un ruido espantoso de grillos y cadenas, y aun voces sepulcrales que de vez en cuando pronunciaban distintamente, con sonido imposible de des-

cribir el nombre del dueño de la casa y el de los tres desgraciados que se habían atrevido á penetrar en ella; los tres cabalmente que se habían asomado á la ventana sucesivamente el último día de la aparición.

El esqueleto no podía ser otro que el mismo Pero-Hernandez: en esta persuasión estaba todo el pueblo.

II.

Año y medio había transcurrido despues de la cuádruple y horrible aparición, sin ocurrir novedad que sea digna de contarse, salvo los ruidos de grillos y cadenas que todas las noches y á una misma hora se oían en aquella casa espantosa. Ocurrió entonces la llegada al pueblo de un oficial aventurero (*alferez*, dice la crónica), el cual despues de una ausencia de catorce años, durante la cual se había distinguido notablemente en sus escaramuzas con los moros, volvía al hogar doméstico con el doble deseo de descansar algun tiempo de sus fatigas militares, y el de abrazar á sus padres, que á la cuenta debían de ser ya viejos. Lo eran tanto en efecto, que cuando el oficial llegó al pueblo se halló con la novedad de que padre y madre eran muertos, prueba inconcusa de ancianidad y decrepitud, porque, como dice la crónica, la vejez no consiste en la edad, sino en tener la muerte mas próxima; y con este motivo se extiende en una porcion de reflexiones morales, que por no entorpecer la marcha de la narracion, dejo de transcribir con mucho sentimiento mio. No dice la historia si el oficial era alto ó bajo, delgado ó robusto, de mucha ó de poca edad, siendo tal su descuido ó omision en punto á enterarnos de sus señas, que ni aun de su nombre hace mencion, contentándose con llamarle simplemente el *alferez*, y atribuirle la nota de militar valiente, cualidad tan esencial en los de su profesion, como en la mujer el recato. Tampoco dice si lloró ó no lloró cuando recibió la noticia de la muerte de sus padres en el momento mismo en que con tanta ansia se dirigia á abrazarlos, lo cual es tanto mas de extrañar, cuanto se entretiene en pequeneces que nada hubieran perdido en omitirse, y no era cosa de pasar por alto, el sentimiento que el *alferez* hizo ó dejó de hacer cuando supo la infausta nueva.

Hace, empero, mencion de una circunstancia, que para nuestro propósito es la mas

esencial, puesto que sin ella nos sería imposible pasar adelante en el cuento: y es, la de haber venido á la poblacion acompañado de un asistente como se dice ahora, ó *escudero*, como le apellida la crónica, del cual hace una descripcion tan completa y circunstanciada que desde luego se conoce, aunque el autor nada indica, que el tal sugeto va á ser el protagonista de esta rara y peregrina historia. Acaso por esa circunstancia se muestra el cronista tan descuidado ó omiso respecto á lo demás, pues sabido es cuanto influye el tener fija la imaginacion en un objeto para hacernos olvidar los que le rodean. Sea de esto lo que se quiera, y ora se atribuya á olvido, ora á artificio, la conducta del historiador, este pinta y retrata al escudero con todos sus pelos y señales, como arriba hemos dicho. «*Era muy garrido, é muy mozo*, (son expresiones copiadas literalmente) *é muy decidor otrosí, é llamábase Diego Perez, é tenía crecido corazon, é muy mucho le queria el bueno de su señor. Ca era de gentil talante y apostura, é muy leal servidor, espejo de escuderos, tamaño como un Hércules é de grand actividad. La color rubicunda, luenga la melena. Si mucho su señor le queria, el muy mucho amaba á su señor, é tambien á un su can, seyendo los dos uña é carne.*» Aquí hay alguna anfibología, puesto que no se manifiesta con precision de quien de los dos era el can, si del criado ó del amo, ni cual de los tres simpatizaba con otro de los dos restantes en términos de parecer carne y uña, pudiendo entenderse lo mismo del oficial y el asistente que de este ó aquel y el perro. Pero por lo que sigue despues, y por el contexto de algunos párrafos en que vuelve á hacerse mencion del animalito, se vé con evidencia que el dueño del perro era Diego, y Diego tambien el que tanto amaba á su can, mereciéndose á este la mas leal correspondencia. Lo demás que refiere de Diego se reduce á acabar su retrato. si bien el manuscrito no permite leer algunas particularidades preciosas, tales como el pueblo de donde era natural, el arreo ó vestimenta que llevaba, y otras del mismo tenor: vacío sensible por cierto y que yo no me atrevo á llenar, por no incurrir en alguna inexactitud indigna de la historia. Una sola frase he podido leer con claridad, reducida á decir que el tal Diego Perez era amigo de burlarse de todo el mundo de vez en cuando: *é á las vegadas burton.*

Era, pues, Diego Perez un mozo de gentil donaire, y tan amante de su amo como de su perro, con todo lo demás que llevamos referido, el cual se alojó con su amo en casa del

alcalde, á consecuencia de haber hallado aquel cerrada la puerta de la soya con motivo del fallecimiento de sus padres.

Era el alcalde tío del oficial, y no es posible describir el placer que uno y otro sintieron al abrazarse despues de tan larga ausencia. Dió cuenta el reciénvenido, y cuenta muy minuciosa, de todas sus correrías, de sus hechos de armas, de los peligros en que se habia visto, de su serenidad y valor en los combates, y de una multitud de hazañas que, como es de suponer, recibirían notable aumento de tan imparcial historiador. Que el alcalde escucharía con la boca abierta cuanto el sobrino narraba, escusado es decirlo, y escusado también manifestar que comieron y bebieron juntos como de día de fiesta, acompañándoles la alcaldesa y una sobrina que el alcalde tenía. Diego los acompañó también á ruegos del alcalde, y no fue su conversacion lo que menos contribuyó al placer y al regocijo. Por la tarde salieron á pasear, retirándose á casa apenas se puso el sol, por el mucho frío que hacia, siendo como era entonces el mes de diciembre, y en extremo rigoroso el invierno. El oficial se partió con el alcalde y con su mujer todo el rato que duró el paseo, y Diego con su perro y con la sobrina del alcalde, *criatura donosa e apuesta, é que tenía Aldonza por nombre*. La muchacha gustó tanto de los chistes y el lindísimo humor de Diego, que cuando volvieron á casa, ya no era la Aldonza que de casa habia salido: tanto la habian prendado las bellas ocurrencias del escudero.

Todas estas particularidades y otras muchas que omito, las trae asimismo la crónica. No parece sino que el historiador se veía en la precision de llenar un folletín ó cosa por el estilo, segun lo minuciosamente que las refiere y lo mucho que estira el asunto. Que eso lo hiciera yo, nada tendria de particular, pues todo periodista escritor hace lo mismo; pero incurrir en semejante defecto un cronista tan grave y tan formal, es cosa que no se puede sufrir.

Omitiendo, pues, una multitud de pequeneces que para nada vienen al caso, digo que apenas se puso el sol, dieron todos vuelta á casa, llegando á ella al oscurecer. Sentáronse á la lumbre, en la cual ardía un monte de leña, desquitándose con usura del frío que habian pasado. El oficial estaba sentado entre el alcalde y su mujer, y Diego al lado de Aldonza. La criada arreglaba la cena, y los amos y los reciénvenidos continuaban agradablemente la interrumpida conversacion. El

oficial hablaba en voz alta, y Diego y Aldonza bajito: cosa muy natural, si se tiene presente que el primero seguía la narracion de sus hechos, y los dos últimos se decían lo que los mozos y las mozas suelen decirse cuando mutuamente se agradan y tienen testigos delante. El alcalde y la alcaldesa estaban tan embebecidos oyendo al sobrino, que no echaron de ver el mútuo interés y la fraternidad que entre Diego y Aldonza reinaban. Y así hubieran continuado hasta la hora de cenar, si un incidente imprevisto no hubiera venido á sacarlos de su enagenamiento. Fue el caso que oyeron llamar á la puerta con recios y repetidos golpes.

—¿Quién diablos será á estas horas? dijo el alcalde. Si me llaman para asuntos de justicia, deci que no estoy en casa: esta noche es toda para mi sobrino.

—Son la tía Teresa y el tío Ramon, dijo la criada despues de haberse asomado á la ventana, los cuales vienen con sus dos chicos, y me dicen que les abra corriendo.

—¿Teresa y Ramon? dijo el alcalde: ¿qué traerán de bueno?

—Abrid, abrid luego, exclamaron desde la calle, que venimos muertos de miedo.

—¡De miedo! dijo el oficial. Voto á brios que esa gente es tacaña.

—Abrid, exclamó el alcalde, y veamos que es ello.

Subieron en efecto los cuatro que habian llamado, no siendo fácil saber quien de ellos venia mas asustado, si el marido ó la mujer, ó el chico ú la chica.

—¡Gracias á Dios! dijo Ramon al entrar. Ahora mas que se hunda el mundo! Estamos en casa del alcalde, y el alcalde es nuestro amigo, y donde está su sobrino el oficial, no puede haber miedo.

—Pero ¿qué es eso? exclamaron todos á la vez.

—¿Qué ha de ser? dijo Teresa temblando. Que acabamos de ver una luz espantosa y siniestra en la casa de Pero-Hernandez, (y al pronunciar este nombre, hizo la señal de la cruz), y como nosotros vivimos tocando, y como hoy hace años que Pero-Hernandez murió (y volvió á santiguarse), no nos atrevemos á pasar la noche en casa.

—Se oye un ruido espantoso de grillos y cadenas, dijo Ramon.

—Y unas voces que dicen, *Pero-Hernandez!!!*, continuó Teresa.

—¿Pero qué Pero-Hernandez es ese? dijo Diego impaciente.

—Y no es eso lo peor, exclamó uno de los chicos, sino que se oye también ahullar un

perro; y ahulla como un endemoniado, y además de esto...

— ¡Un perro! ¡un perro! replicó Diego. Vive Dios que hasta ahora no me había acordado del mío. ¿Si será él? No tiene remedio; es mi perro. Sí, sí! conozco su voz. ¿Y yo le había olvidado entretenido con la conversación? Merecía que me diesen con un leño. Voy al momento á buscarle.

(Se Continúa.)

MIGEL AGUSTIN PRINCEPE.



SOCIEDAD LITERARIA DE VALENCIA.

EL FENIX,

periódico universal, literario y pintoresco,
bajo la dirección de D. Rafael de Carvajal.

TERCERA EPOCA.

Se ha repartido el número 10 del tomo primero.

Cada número 24 columnas de impresión en papel de lujo, con tipografía nueva y elegante y multitud de grabados y viñetas. En el texto una linda novela ilustrada con grabados que representan escenas de la misma. La que ha empezado á publicarse contendrá 186. Cada 24 números formarán un tomo.

Se suscribe en provincias á 6 rs. vn., franco de porte, por cada cuatro números y 34 por veinticuatro, ó sea un tomo, en casa de los corresponsales de la sociedad, ó remitiendo una libranza sobre correos del importe al menos de 12 números á favor del director del *Fenix*.



EL PENSIL DEL BELLO SEXO sale á luz todos los domingos.

Habiéndose ocasionado dudas entre los suscritores sobre la palabra *separadamente* que figura en las condiciones de suscripción al PENSIL DEL BELLO SEXO, se previene que las expresadas condiciones deben entenderse del modo siguiente:

La suscripción al PENSIL es de tres clases:

Primera. La ordinaria, con opción al periódico y á un figurín de señora cada mes: sus precios son:

MADRID.	PROVINCIAS.	ULTRAMAR.
Un mes. 5 rs.	Un mes. 7 rs.	Un mes. 40 rs.
Tres. . . 13	Tres. . . 20	Tres. . . 28
Seis. . . 24	Seis. . . 36	Seis. . . 54
Un año. 44	Un año. 70	Un año. 100

Segunda. La extraordinaria de señoras, con opción al periódico y cuatro figurines mensuales: su precio, por trimestre adelantados, es 31 reales en Madrid y 41 en las provincias.

Tercera. La extraordinaria de caballeros, recibiendo el periódico con dos figurines de caballero y un patron pequeño, con otro grande cuando se reparten en París: su precio el mismo que el de la extraordinaria de señoras, esto es, 31 rs. en Madrid y 41 en provincias por trimestres adelantados.

Los figurines sueltos se expendrán á 3 rs. para Madrid en la puerta del Sol, número 8, tienda.

Los pedidos y reclamaciones se dirigirán francos de porte al empresario capitalista D. Antonio Gutiérrez de Leon, calle de Sta. Clara, número 8, cuarto principal.



MADRID: 1866.

IMPRESA DE D. JOSÉ DE REBOLLEDO Y COMPAÑIA,

Calle del Fomento, número 15.